RETO 3: REFUNDAR UNA IGLESIA DE IGUALES AL INTERIOR Y PROFÉTICA AL EXTERIOR

Presupuesto

Partimos del presupuesto de que cuando hablamos de iglesia no estamos hablando solo de una serie de gente que comparte una *ideología* religiosa, y participa de unos mismos principios éticos o morales al modo de una escuela filosófica o un partido político. Sino que encarna, no sólo un modo de vivir, sino, sobre todo, de *con-vivir*. Este modalidad de con-vivir tiene su expresión más visible e intensa en la "fracción del pan", que es el modo simbólico sacramental en el que el convivir se expresa como *comun-idad* (en *koinonía*). La mesa, la distribución de la comida (pan y vino), como hecho festivo, es memoria, al mismo tiempo que visibilización del ideal utópico de lo que Jesús entendía por Reinado de Dios expresado en su gesto de entrega, *tomad y comed*: una humanidad de hermanos en torno a la mesa del Padre-madre, que es la mesa de la creación.

Por eso no partimos de un concepto general de *iglesia* como se podría plantear en un tratado de eclesiología, sino de su concreción en las *iglesias* en las que cada uno está integrado. Es desde ahí desde donde se ha de refundar la iglesia.

La mesa burlada

Nada más esclarecedor, pues, que el análisis de la evolución en el tiempo de la posición de la mesa y su contexto para entender la misma evolución de toda la iglesia en su configuración ideológica y en su institucionalidad jurídica. Esto es lo que ha sucedido con la mesa desde aquella comida de la víspera de la muerte a las eucaristías de hoy

- de una mesa centro de la comunidad a la mesa apartada de la comunidad en un espacio extremo, en un plano más elevado, inaccesible para el "común".
- de una mesa portadora de alimentos compartidos por todos y reconocidos como tales: pan, vino, acompañados por otras viandas en un contexto de comida festiva (y no sólo meramente simbólica); al altar del sacrificio mediado por unos pocos, portador de las "especies sagradas", con pocos elementos visuales y terminológicos (el vocabulario se ha sacralizado "hostia", "cáliz) perteneciente a lo que comúnmente se identifica y se designa (esto es importante) como comida.
- de estar situada en un contexto doméstico y profano, que ampara las actividades y preocupaciones cotidianas de los seres humanos, a un espacio sagrado reservado a Dios, como su morada exclusiva.
- de centro de la circularidad expresiva de la igualdad fraterna en torno a ella (todos en el mismo plano), donde incluso el que preside lo hace sirviendo, a su desplazamiento a un plano apartado y superior inaccesible al común para escenificar un poder vertical (subrayado por la gradación de los planos arquitectónicos) representado en una élite (distinguido por las vestimentas suntuosas que representan su status exclusivo) que, apartada y desde arriba, se ha apropiado de ella y la ha hecho símbolo de su poder.
- de ser el centro de una comunidad fraterna a ser objeto de las miradas de una multitud (que no comunidad) silenciosa y silenciada, que contempla desde abajo la evolución de

los ritos plagados de reminiscencias cortesanas, y que solo puede pronunciar las fórmulas memorizadas y los gestos rituales programados.

La mesa recobrada

Recobrar la mesa, reponerla en su sitio como centro de la con-vivencia no es sólo cuestión de mera reforma "litúrgica" y ritual, sino un gesto subversivo (en el sentido fuerte y profético, hacia el interior de un orden eclesial que ha terminado por reproducir (en el signo que debía ser su denuncia) el sistema de valores del mundo; es recuperar la idea central del cristianismo de que el lugar donde nuestro Dios se hace presente y habita no es el templo alejado a la manera de los palacios señoriales donde es servido por sus cortesanos y funcionarios, sino el espacio de solidaridad y fraterna que la mesa común delimita.

Solo la recuperación de la mesa, con toda su fuerza convivial, repondrá en el centro de la vida de las iglesias (esta vez sí, *comun-idades*) el gesto festivo, a la vez que provocativo, anuncio de la utopia del Reinado de Dios y denuncia del secuestro de los bienes de todos, en un mundo que ha elevado el saqueo y rapiña a la categoría de leyes de la "otodoxia" económica del sistema.

Recobrar la mesa es una provocación al sistema económico, a la vez que de proclamación de la Buena Noticia para los pobres y desheredados de que el proyecto de Dios es un Reino de justicia y de fraternidad universal. Así celebramos los cristianos la liberación pascual: proclamando como consigna el gesto de Jesús, *Tomad y comed* proclamando que el compartir es el único antídoto de este sistema de muerte, y el sueño utópico que nos empeñamos en reproducir y hacer visible cada vez que nos reunimos en torno a la mesa, como anticipo de lo que es nuestra esperanza.